

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

+Los cuatro sentidos del editor.



68

LETRAS LIBRES
FEBRERO 2014

IN MEMÓRIAM

EL ESPLENDOR DEL FRACASO

MIGUEL AGUILAR

Uno de los últimos libros de Josep Maria Castellet, *Seductores, ilustrados y visionarios* (sendos retratos de Manuel Sacristán, Carlos Barral, Gabriel Ferrater, Joan Fuster, Alfonso Carlos Comín y Terenci Moix, bajo un título también aplicable a sí mismo y a varios otros compañeros de generación) se abre inesperadamente con una cita de *La carretera*, de Cormac McCarthy, a modo de epígrafe. En un diálogo despojado de todo adorno, casi a base de monosílabos, un personaje declara haber tenido muchos amigos, todos los cuales han muerto, y a los que echa de menos. El mismo texto se leyó en el funeral de Castellet, fallecido el pasado 9 de enero a los 87 años recién cumplidos, y da dos claves de su figura. La curiosidad por lo nuevo, el interés por el presente y la resistencia a vivir en el recuerdo de un pasado glorioso. Y al tiempo, la conciencia de ser el último testigo de esos tiempos dorados.

En efecto, Castellet, nacido en Barcelona en 1926, formó parte del núcleo duro de aquella insólita

fratría intelectual que surgió en un medio tan hostil como era la universidad española del primer franquismo –en concreto en el patio de la Facultad de Derecho, estudios que principalmente por imperativo familiar seguían la mayoría. Una universidad “pobre en profesores y muy parca en alumnos” según el propio Castellet, pero donde se encontraron Barral, Gil de Biedma, Costafreda, Gabriel Ferrater o Goytisolo, “partidarios de la felicidad” e hijos inquietos de una burguesía que disfrutaba de la pérgola y del tenis. Son la “primera generación de hijos díscolos de la Nueva España, que transitan sin gusto, casi con fastidio por una universidad rabiosamente patriótica”, como escribió José Francisco Yvars. Quizá la hostilidad del entorno, esa distancia con sus orígenes familiares y sociales, contribuyera a crear una conciencia de grupo tan fuerte (“he vivido en grupo” llegó a contestar en una entrevista Castellet preguntado por qué respondía siempre con la primera persona del plural), algo parecido a lo que ocurrió en el patio de la Universidad de Salamanca y los pasillos del Ateneo de Madrid con los Ferlosio, Aldecoa, Martín Gaité, García Calvo o Fernández Santos.

Esas inquietudes pronto tomaron una deriva literaria, válvula de

escape alternativa y, a la vez, estación intermedia hacia la oposición al régimen. En el caso de Castellet, colaboraciones en la revista *Estilo* y luego en *Laye*, que se convirtió en auténtica herramienta en el ascenso al poder cultural de la fratría barcelonesa. Así, tras *Notas sobre literatura española contemporánea* (1955) publicó un ensayo que tuvo una amplia repercusión, *La hora del lector* (1957), estableciendo su reputación como crítico. Tres años después, la aparición de *Veinte años de poesía española* es un auténtico golpe de mano con el que el grupo de Castellet, Barral y Gil de Biedma conquistan las últimas posiciones enemigas, y es la primera de hasta cuatro antologías con las que Castellet establece una suerte de canon de la poesía española y catalana (en este caso en colaboración con Joaquim Molas).

Desde 1955 colabora con Seix Barral como lector y encuentra un trabajo como gerente de la editorial jurídica *Praxis*, pero solo llega a su lugar definitivo en el mundo editorial en 1964, cuando Max Cahner le ofrece la dirección de la recién creada Edicions 62, que dirigió hasta 1996 y donde seguía teniendo un despacho cincuenta años más tarde. Tan larga trayectoria hace que Castellet, pese a haber publicado más de treinta libros, sea considerado principalmente un



editor y legitima dos opiniones, la “absoluta incertidumbre” que a su juicio rodea al negocio editorial y la definición sensorial de la profesión que proponía: para ser editor “dependes de cuatro de los cinco sentidos al menos. Has de tener buen ojo, tienes que usar bien la nariz, debes pegar la oreja donde se debe y es imprescindible tener tacto”.

Edicions 62 fue el refugio de la literatura en lengua catalana durante el franquismo y la puerta a la mejor literatura internacional, en la línea del grupo de editoriales internacionales que desde 1956 la fratría lograba reunir anualmente en Formentor: Seix Barral, Einaudi o Gallimard. Una posición de primacía que aun hoy, maltratada por los inevitables vaivenes empresariales del mundo editorial, mantiene. A eso hay que sumar la extraordinaria labor del sello Península, creado en 1963 para poder publicar en castellano y centrado en el ensayo, donde colaboraron desde José Francisco Yvars hasta Josep Ramoneda pasando por Salvador Giner o Jordi Solé Tura.

Formentor, como el homenaje a Machado en Colliure en 1959, como la capuchinada, como las tertulias Cataluña-Castilla, como los congresos internacionales, como los jurados de premios, como tantas iniciativas

apenas arrancadas, parecen responder a una idea castelletiana: “La vida es un complot para evitar que hagas nada de provecho.” En su caso agravado además por los cuarenta años de franquismo que consideraba, como otro de sus hermanos, Jaime Salinas, una absoluta pérdida de tiempo. De hecho, con su media sonrisa irónica, sostenía que el tema de *Seductores...* y sus demás libros memorialísticos, el tema de hecho de la existencia humana, era “el esplendor del fracaso”, un fracaso que intentaba desdramatizar, pues siempre aparecen unos jóvenes dispuestos a recoger las piezas e intentarlo de nuevo sin saber que están condenados a otro espléndido fracaso. Una descorazonadora teoría de las generaciones esbozada por un miembro de una de las más brillantes de la historia reciente de España.

Tan alto como educado, de hablar lento y mirada inteligente, a Castellet le dio tiempo a arrepentirse de decisiones, dogmatismos y prólogos, y a echar mucho de menos a sus numerosos amigos. Pero supo llenar el minuto implacable con sesenta segundos provechosos: muchos triunfos palidecen en comparación con su fracaso. —

PERFIL POR QUÉ CASARSE EN UNA RUEDA DE LA FORTUNA

ELISA CORONA AGUILAR

Este año se cumplirán 155 años del nacimiento de George Washington Gale Ferris en un pequeño pueblo en Illinois. Su más famoso invento tiene, al igual que su cumpleaños, el sello del espíritu romántico. El año pasado, Google celebró este poco recordado aniversario: el *doodle* del día de San Valentín mostraba dos ruedas de la fortuna, o ruedas Ferris, muchos corazones y parejas de distintos animales (patos, monos, tigres, ranas) que solo podrían consolidar un romance gracias a los efectos vertiginosos de este juego mecánico.

La rueda de la fortuna es de esos elementos modernos tan cotidianos

que parecen haber existido siempre. Pocos se preguntan de dónde surgió tan curioso artefacto, diseñado para la diversión, la observación del paisaje e, impredeciblemente, también para el romance.

George Washington Gale Ferris fue el ingeniero que aceptó el reto de construir para la Feria Mundial de Chicago de 1893 una estructura que superara a la Torre Eiffel. Ferris pudo haberse inspirado en los molinos de agua o en las pequeñas ruedas de madera con canastillas individuales que había en algunos parques. Pero, como en todas las historias de los grandes inventos, Ferris lo atribuyó a un instante de inspiración y a un improvisado borrador en una servilleta (siempre hay una servilleta), que mostró a Daniel Burnham, director de la Feria. Durante una cena de gala, el legendario arquitecto Burnham retó a los ingenieros de la nación: “No hagan planes pequeños. Carecen de magia para conmocionar la sangre de los hombres.”

En tiempos en los que el edificio más alto de Chicago medía cuarenta y dos metros, Ferris proponía construir una rueda de acero de más de ochenta, que cargara treinta y seis canastas, muy parecidas a vagones de tren,



+Ferris: el ingenioso desafío a la gravedad.

cada una con capacidad para sesenta personas: un total de 2.160 pasajeros. Con un plan en verdad titánico y planos mucho más precisos que los que son posibles en una servilleta, Ferris hizo su propuesta formal al comité de la Feria, que rechazó la idea de inmediato. Nunca se había construido una rueda de acero de ese tamaño, mucho menos una que pudiera ser puesta en movimiento. Pero Ferris, dedicado a la construcción de puentes y vías ferroviarias, insistió en que conocía como nadie la resistencia del acero y podía llevarla a nuevos límites. Finalmente, el comité aceptó.

La construcción fue accidentada y costosa. Ferris tuvo que financiar su propio proyecto y trabajar a marchas forzadas. La inmensa rueda fue puesta a girar por primera vez el 11 de junio de 1893, con solo seis canastas de prueba. Ferris no se encontraba a bordo, pues batallaba en Pittsburgh por financiar la obra, pero en su representación estaba su esposa, Margaret Ferris, quien dio para los periódicos una imagen perfecta de la valiente y bella compañera que confiaba ciegamente en la obra de su esposo.

La rueda Ferris dio su primera vuelta inaugural con celebridades de la ciudad a bordo, una estrategia para eliminar los temores de la gente e incitarla a subir. Se calculó que, al concluir la Feria, más de un millón y medio de personas habían abordado la Gran Rueda. Muchas repitieron el viaje, unas cuantas entraron en pánico sin causar mayores percances, y varias solicitaron permisos para casarse dentro de los carros en movimiento. Se compusieron canciones en honor a la Gran Rueda, todas alusivas al amor desenfrenado que puede despertar en lo alto, cuando se deja el mundo terrenal. Ferris se volvió mundialmente famoso y todas las ciudades del mundo querían tener su propia rueda Ferris.

Muchos de los pasajeros de la rueda Ferris estaban ahí para estudiar su mecanismo y copiarlo. Las réplicas comenzaron a aparecer y Ferris nunca recibió un centavo por estas imitaciones. Él decía que eran un homenaje a su obra. Mientras tanto, el ingeniero se enfrentaba a

varias demandas de algunos oportunistas que clamaban haber inventado la rueda antes que él, aunque sus planos y cálculos, evidentemente diferentes o simplemente erróneos, no se parecían en nada a los de Ferris. Al mismo tiempo, el comité de la Feria Mundial decidió echar al inventor con todo y su máquina debido a desacuerdos en la repartición de porcentajes del dinero de los boletos (subir a la rueda costaba 50 centavos). Después de haber enaltecido la rueda como una creación única de su tiempo, no hubo un intento por preservarla como la Torre Eiffel. Como muchos empresarios de su época, Ferris quedó en bancarota a causa de la crisis de 1893, aunque algunos atribuyen su caída a su obsesión por la Gran Rueda, la cual buscaba un comprador, o al menos un sitio dónde girar. Su esposa, con la que nunca tuvo hijos, lo abandonó; dijo que iría a visitar a su madre, pero nunca volvió. Ferris murió en 1896, a la edad de 37 años. Su esquelera en *The New York Times* decía que había muerto de fiebre tifoidea “causada por el estrés en asuntos de negocios”. Sus cenizas permanecieron en la funeraria por más de dos años sin ser reclamadas por nadie y a la fecha no se sabe su paradero. La rueda Ferris original fue dinamitada y vendida como fierro viejo a principios del siglo xx. —

ESPAÑA POLÍTICA Y MORAL

✎ DANIEL GASCÓN

El gobierno de Mariano Rajoy ha cumplido dos años. En algunos sentidos, le ha ido relativamente bien. Aunque el desempleo sigue siendo enorme, el fin de la crisis parece aún lejano y la mejora en ciertos indicadores todavía no se nota a pie de calle, la economía española no vive en la situación de pánico en la que estaba hace un tiempo. En una época de velocidad y ciclos de noticias vertiginosos, la tranquilidad de Rajoy, con su aspecto de hombre de orden y casino de pueblo, resulta deprimente pero quizá sea eficaz. Hemos visto más recortes que verdaderas refor-



+Dos años después.

mas, pero la solidez de la mayoría absoluta y el poder territorial le han permitido sobrevivir a la investigación de una trama de corrupción en su propio partido que ha provocado movimientos castizamente shakespearianos y reveló la influencia de Edward Lear en María Dolores de Cospedal. Habrá que ver si la estrategia calmada del presidente del gobierno funciona para desactivar el desafío independentista en Cataluña.

También ha habido en su gobierno medidas y tendencias desafortunadas. La decisión de privar a los inmigrantes ilegales de cobertura sanitaria no es solo una medida áspera que se justificó con argumentos populistas, sino que puede ser peligrosa para el resto de la ciudadanía. El Partido Popular tampoco ha sido ejemplar en su relación con los medios. Los periodistas tenemos la costumbre de reivindicar la importancia de nuestro trabajo para la democracia, y a veces eso me recuerda las famosas declaraciones de un mafioso: “Senador, ser poderoso es como ser una dama. Si tienes que decir que lo eres, probablemente no lo seas”. Pero en ocasiones el gobierno parece opinar que la idea de que los ciudadanos de una democracia deben estar informados es una manía un tanto molesta. En España se han generalizado las ruedas de prensa sin preguntas. Cuando Barack Obama

recibió a Rajoy, Moncloa impidió que asistieran varios medios españoles. En el caso de medios públicos, como en Televisión Española, el problema más grave es el diseño institucional, pero el actual gobierno ha desandado los pasos que había dado el Partido Socialista para evitar que la televisión pública fuera solo el vocero del grupo en el poder.

No está claro que el hecho de que se diga que alguien tiene “un perfil político” sea una muestra o una causa del descrédito de la política: en todo caso, suele ser una persona que contribuye al desprestigio de una institución. Quizá el caso más llamativo, frente a la seriedad del ministro de Economía, es el de Cristóbal Montoro. Brillante analista que predijo que la legalización del matrimonio homosexual produciría un aumento del paro, es el responsable de una amnistía fiscal que no solo ha sido moralmente discutible, sino también técnicamente desastrosa, y que fue simultánea a varias subidas de impuestos. Ha respondido con amenazas a sus críticos: si en una gala cinematográfica unos actores atacan la gestión del gobierno, el ministro declara que hay intérpretes que pagan impuestos fuera. Si un medio de comunicación pone reparos a la gestión del gobierno, el responsable de Hacienda habla en general de las deudas de las empresas periodísticas con el Estado. Como escribió Xavier Vidal-Folch, “seguro que Cristóbal toca de oído, porque si supiera lo que dice por apellidarse Montoro, ser ministro de Hacienda y leer indebidamente expedientes, estaría prevaricando”. Hace poco, justificó una purga galdosiana de la Agencia Tributaria, diciendo que “estaba llena de socialistas”. Hacienda, por lo visto, no somos todos, sino unos más que otros.

La crisis económica ha exigido grandes sacrificios y la sociedad ha mostrado una calma considerable. Ha generado un movimiento, el 15M, que tuvo muchos errores, pero fue inspirador y pacífico. Ha habido buenos ejemplos de articulación cívica y ciertas dosis de demagogia, pero no se ha producido un aumento de la delincuencia ni de la conflictividad

social. El endurecimiento de la Ley de Seguridad Ciudadana es una decisión difícilmente comprensible. La normativa dice que se podrá multar a quien ultraje a España o las comunidades autónomas y sus símbolos. Es una medida levemente ridícula: dado el comportamiento de algunos cargos y símbolos, uno se pregunta si no son ellos quienes corren peligro de que les multen.

El tercer caso, el anteproyecto de la reforma de la ley del aborto, aleja al Partido Popular del centro derecha europeo y a España de los países de su entorno, que tienen una legislación comparable a la ley de plazos que funciona en nuestro país desde 2010 y que no ha provocado un aumento significativo de los abortos (de hecho, en 2012 bajaron un 5% con respecto al año anterior). La propuesta del ministerio de Justicia solo admite dos supuestos para interrumpir el embarazo—la violación y el riesgo para la vida de la madre—, y somete a las mujeres a un proceso humillante y lleno de obstáculos. Uno de los aspectos más controvertidos es que no se admitiría el aborto en casos de malformación. El anuncio del anteproyecto ha provocado disensiones en el propio PP y críticas en buena parte de Europa (aunque no todo ha sido malo: el Frente Nacional de Le Pen lo aplaudió). Es posible que sea un programa de máximos, destinado a contentar a grupos de presión fundamentalistas, y que la tramitación parlamentaria suavice el anteproyecto, para dejar una normativa algo más restrictiva que la ley de supuestos (y doble moral: a efectos prácticos exigía mentir) de 1985. Pero esa irrupción de una moral ultraconservadora es alarmante: no sé si está a la derecha de Dios, pero sin duda está a la derecha de la sociedad española. Marta Romero analizaba en el blog Piedras de papel una encuesta de Metroscopia:

El 84% del total de los encuestados (el 70% de los votantes del PP y el 59% de los que se definen como católicos practicantes) consideran que la malformación del feto debe mantenerse como un motivo para poder abortar legalmente. Y el 86%

(porcentaje que en el caso de los votantes del PP es del 68% y en el de los católicos practicantes del 60%) está de acuerdo con la afirmación de que “toda mujer embarazada debe tener derecho a decidir libremente si quiere seguir o no con su embarazo”.

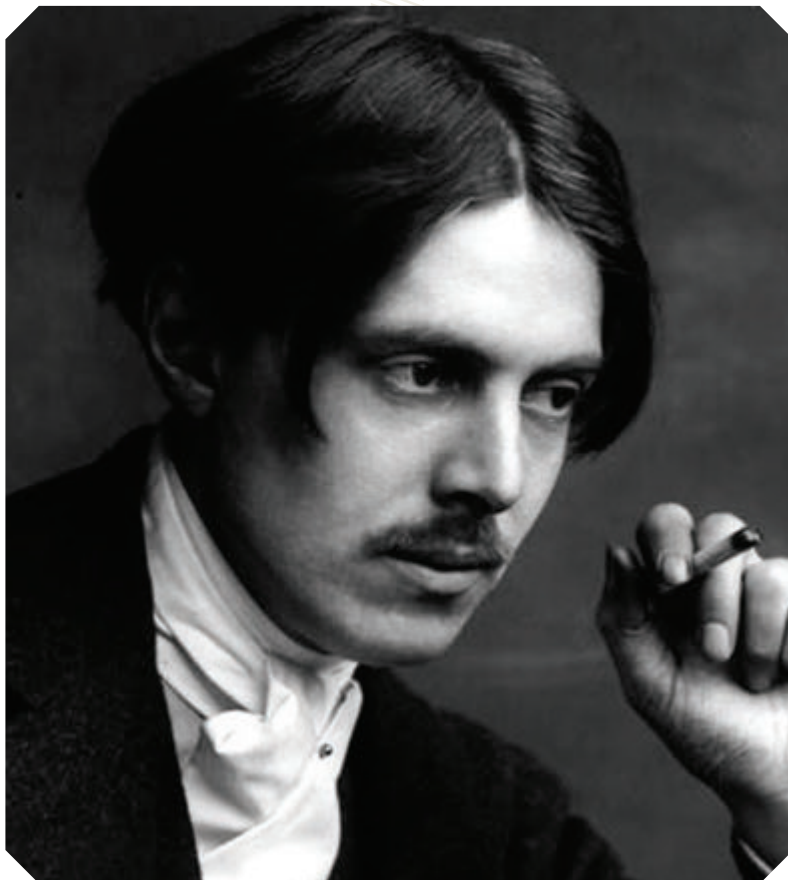
Hay muchas cosas criticables en el anteproyecto del ministro Gallardón, desde el paternalismo al falseamiento de datos con que se ha defendido, pasando por los ecos de odio a la autonomía sexual y la falta de comprensión humana de los dogmáticos religiosos, siempre ansiosos por convertir sus pecados en los delitos de los demás. Pero un aspecto insoslayable es que se trata de una traición a los principios del liberalismo. En *La sociedad abierta y sus enemigos*, Karl Popper escribía a partir de una frase de Aristóteles (“Cuidar de la virtud es la principal función de un Estado que merezca verdaderamente el nombre de tal”):

Esta exigencia significaría simplemente que los funcionarios del Estado deben preocuparse por la moralidad de los ciudadanos y utilizar el poder, no tanto para la protección de la libertad de estos como para la vigilancia de la moralidad. En otras palabras, se exige aquí que el imperio de la legalidad, es decir, de las normas impuestas por el Estado, sea acrecentado a costa del de la moralidad propiamente dicha, es decir, de las normas impuestas, no por el Estado, sino por nuestras propias decisiones morales, vale decir, por nuestra propia conciencia. [...] Lo que queremos y necesitamos es moralizar la política y no hacer política con la moral. —

LITERATURA EL ENEMIGO

JULIO TRUJILLO

Pocas campañas de autoboicot se comparan a la que llevó a cabo Wyndham Lewis, sin proponérselo del todo. Si la posteridad se resiste a olvidarlo es porque sus textos, sus revistas, sus cuadros y



+Wyndham Lewis, el vanguardista que se sabotó a sí mismo.

su incansable agitación cultural son piezas indispensables para gozar y entender el mosaico artístico de Europa desde los albores de la Primera Guerra y hasta los umbrales de la Segunda en el marco del *modernism* anglosajón.

Un lector desprevenido tal vez no tolere las sátiras hostiles que en muchas novelas de Lewis se registran contra los judíos, los homosexuales y otras minorías. O se sorprenda sinceramente al descubrir el afán casi patológico de Lewis para pelearse con todos y cada uno de sus amigos. O no entienda por qué insistió en atacar ferozmente al grupo de Bloomsbury, que comandó la escena cultural inglesa durante el primer tercio del siglo xx. O no le dé mucha risa que llamara a Joyce “gondolero de Dublín”, a Pound “bobo revolucionario” y a Eliot “himenóptero pesado”. O le parezca exagerado que dedicara un libro entero (*Time and Western Man*) para acusar a Henri Bergson de “fraude intelectual”. O le resulte inconcebible que

haya intentado seducir a la horrible Edith Sitwell. O de plano enfurezca al enterarse de que Lewis es autor de un libro titulado *Hitler* (publicado en 1931) en el que llama al Führer “un hombre de paz”. Todo ello es cierto, pero al acercarse un poco más y distinguir los matices de aquellos años inestables, la figura de este insobornable “raro” adquiere una relevancia y un interés incuestionables. De cualquier manera, me apuro a informarle al desprevenido lector que Lewis publicó en 1939 *The Hitler cult*, una auténtica palinodia de los desatinos de aquel *Hitler* (que no le sirvió de mucho para combatir el ostracismo al que fue condenado ni para sacudirse el sambenito que le colgó Auden al describirlo como “ese viejo volcán de la derecha”).

Pero acerquémonos al personaje. Percy Wyndham Lewis nació en Canadá el 18 de noviembre de 1882 y murió en Londres el 7 de marzo de 1957. Si no hubiera quedado ciego debido a un tumor en la pituitaria, le hubiera dado tiempo de ver

y disfrutar la gran exhibición de su obra en la Tate Gallery: “Wyndham Lewis and vorticism”, que se llevó a cabo en 1956. Cofundador del movimiento vorticista (junto con Ezra Pound y Henri Gaudier-Brzeska, entre otros) en el año neurálgico de 1914, Lewis supo amalgamar partes del movimiento cubista y partes del movimiento futurista en una nueva propuesta que planteaba, en su versión plástica, un puro dinamismo anguloso y geométrico con tendencias a la abstracción. Él, desde la pintura, y Gaudier-Brzeska, desde la escultura, fueron sus máximos representantes, y Pound fue quien bautizó y atizó el movimiento para dejarlo arder en las manos de Lewis. Sobre la relación del vorticism con el futurismo, vale la pena contar una anécdota que retrata de cuerpo entero a nuestro personaje: el 6 de mayo de 1914, F. T. Marinetti y Wyndham Lewis tuvieron un breve encuentro en el baño del Rebel Art Centre de Londres, donde el italiano había pronunciado una conferencia en francés para presentar formalmente el futurismo. Al toparse con Lewis, Marinetti lo invitó a unirse a las filas de su movimiento y Lewis le respondió, en francés y citando a Baudelaire: “je hais le mouvement qui déplace les lignes”: “detesto el movimiento que desplaza las líneas”, en obvia referencia a la estética futurista y para rechazar así la invitación.

Derivación del futurismo, el vorticism nació en el seno de una revista tan fugaz como relevante para nosotros hoy: *Blast*, una absoluta joya de la tipografía y recipiente de los manifiestos con que Lewis y sus colaboradores se desmarcaban de las otras vanguardias. Lewis escribió la gran mayoría de los contenidos. Duró dos números. El primero, con fondo rosa y la sola palabra *BLAST* cubriendo en diagonal toda la portada, fue descrito por Pound como el “gran opúsculo cubierto de MAGENTA”. En dicho número se publicó un adelanto de la novela *The saddest story*, de Ford Madox Hueffer, que después sería *El buen soldado* de Ford Madox Ford. El segundo número (conocido como “War number”) incluyó una pequeña obra de teatro de Pound y poemas de Eliot, además de un texto de

Gaudier-Brzeska escrito desde las trincheras poco antes de morir en la batalla de Verdún. La Gran Guerra devoró a varios colaboradores de *Blast* y terminó por finiquitar a la revista misma, lo cual no fue obstáculo para que Lewis editara otras dos revistas en los años veinte: *The Tyro* (dos números) y *The Enemy* (tres números), nombre este último que acabó por trasladarse a su editor, a quien no le molestó nada que se le conociera como “el Enemigo”.

Lewis escribió cuarenta libros, de entre los cuales destaca la novela prebélica *Tarr*, considerada como una obra central del modernismo anglosajón, y la autobiografía *Estallidos y bombardeos*, extraordinario autorretrato de espaldas a la Primera Guerra que merece estar junto a la también extraordinaria *Adiós a todo eso*, de Robert Graves. Ahí, Lewis se describe así: “He sido soldado, navegante, bebé, *massier*, paciente de hospital, viajero, abstemio total, lector, alcohólico, editor y mucho más.” Le faltó decir que fue un pintor de primera línea, descrito por Walter Sickert (a quien se ha relacionado con Jack el Destripador) como “el más grande retratista de esta o cualquier otra época”. Así lo reconoció la prestigiosa National Portrait Gallery de Londres, quien le dedicó una magna retrospectiva en 2008 (su retrato de Pound dormido es soberbio).

Hoy, a pesar de su feroz autoboicot, Wyndham Lewis es reconocido como la figura indispensable que es en el mundo de las vanguardias y postvanguardias europeas. El enemigo, para nuestra fortuna, no ha conseguido vencerse a sí mismo. —

LIBROS FÚTBOL CRISPADO

de SERGIO GALARZA

Uno de los mandamientos del fútbol ordena que lo que suceda en un vestuario, sobre todo las broncas, nunca debe hacerse público. Como si se tratara de una secta, el secretismo ha de imperar en los equipos. Y son los periodistas los pecadores por obligación, los que asumen una tarea que los emparenta con



+Lo que pasa en el campo se queda en el campo.

los cronistas de la prensa rosa. Interpretan silencios, dan versiones estrambóticas de rabiets y señalan a fuentes anónimas para otorgar veracidad a su relato. Es la corriente a la que se ha sumado el periodista Diego Torres con *Prepárense para perder* (Ediciones B, 2013), que cubre las temporadas durante las que José Mourinho ocupó el banquillo del Real Madrid. Gran parte del libro corresponde a la crónica de los partidos que Torres publicó en las páginas de deportes de *El País*. En su intento por inmortalizar aquella época como un periodo nefasto, el autor construye un relato épico a favor de los jugadores, con imágenes bíblicas que buscan ridiculizar al técnico, y no duda en usar epígrafes extraídos de obras clásicas de la literatura y de *best sellers* de dirección de empresas con un fin dudoso: nunca se sabe si es para vestir el libro con una camiseta de corte intelectual o para parodiar el discurso motivador de un entrenador sin idea de cómo hacer la alineación de uno de los equipos más ricos del mundo.

La industria tradicional es menos sensible a la mitología que puebla la mente de los consumidores de fútbol. La conquista de la Liga de Campeones ante el Bayern coronó a Mourinho con otro título, pero, más importante aún, le confirió un fulgor mágico entre muchos madridistas. La sensación de que por fin habían dado con el patriarca autoritario en tiempos difíciles. Alguien que abriría las aguas del Mar Rojo. ¿Hay algo más ilusioante que una hermosa superstición?

Si bien la prosa y algunas ideas de Torres lo elevan sobre el promedio de autores que han empezado a fabricar

biografías instantáneas de futbolistas consagrados o recién llegados a un equipo de primera línea, lo que más resalta es su empeño por darle un carácter bélico a sus palabras. La escritura como ajuste de cuentas, esa es la premisa. Si lee, ¿se habrá enterado su objetivo Mourinho?

La premisa no se repite en la mayoría de publicaciones que han llegado por goleada a las mesas de novedades de las librerías. Un país campeón mundial de fútbol necesita narradores de su gloria. Primero fueron los libros que recopilaban como agendas los datos de la hazañas de la selección española. Luego, siempre a manera de celebración, pero con una hechura distinta, alejada del aire de publicación institucional de aquellos, surgieron iniciativas como la de Libros del κ.ο., que editó una pequeña colección escrita por Enric González, el periodista musical Julio Ruiz, Antonio Luque (Sr. Chinarro), entre otros convocados para dar rienda suelta a un ejercicio emotivo sobre los orígenes de su vocación como hinchas de distintos equipos españoles. El resultado es irregular, pero cada libro es una confesión que más allá de sus virtudes literarias, genera complicidad y atrapa incluso a un lector fiel al rival eterno.

Otros son los libros que surgen como investigaciones periodísticas que tratan de explicar el negocio más redondo de los últimos tiempos. Juan Pablo Meneses, periodista chileno que practica su oficio desde las entrañas de sus personajes, asumió en *Niños futbolistas* (Blackie Books, 2013) la tarea de revelar el universo de los niños que sueñan con ser, siquiera,

los próximos suplentes de Messi. Con un estilo directo que parece evitar cualquier tropo literario, Meneses se convierte en un aprendiz de agente buscando un *crack* infantil para venderlo en Europa, destino de miles de ilusos que han terminando sus días pateando piedras en las calles de las capitales más importantes. Y viaja por varios países sudamericanos durante una búsqueda que lo lleva a reunir anécdotas sobre los inicios de Messi y a esbozar un perfil del personaje más nocivo para un niño: el padre fanático que no perdona que su hijo falle una sola jugada.

Meneses muestra un fútbol que ha perdido la inocencia. Los clubes de barrio se han transformado en las PYMES de la FIFA y todos los niños que demuestran talento hasta para amarrarse las botas cuentan con un agente. La historia no es nueva para quienes consumen la prensa deportiva y conocen la biografía más común de los futbolistas latinos contratados por equipo europeos. Entonces, ¿qué aporta esta investigación aparte de recordarnos todo el rato el método empleado? Lejos queda el recuerdo de su *Equipaje de mano*, una estupenda selección de crónicas con momentos tan profundos y emotivos como la historia de los corredores keniatas.

Más difícil parece haberlo tenido Leonardo Faccio con su biografía de Messi (Debate, 2011). ¿Es posible hacer hablar a una bota de fútbol? El perfil que traza el periodista argentino muestra a un *crack* que solo es capaz de existir dentro de un campo de fútbol. Fuera, Messi se aburre. Creador de jugadas complejas que necesitan la cámara lenta para entenderlas un minuto más tarde desde todos los ángulos posibles, el argentino es incapaz de disfrutar las series de televisión que despiertan fans alrededor del mundo por culpa de su complejidad. La ironía quizás encuentra su explicación en el hecho de que Messi goza solo si es el protagonista, no por una cuestión de ego, el genio es ajeno al resto del mundo como un autista que pinta obras de arte. Faccio consigue acercarse al diez del Barcelona en una de esas entrevistas mínimas que conceden las estrellas de la publicidad, pero es más lo que el lector llegará

saber del ídolo gracias a sus amigos y familiares. La ecuación de la fama dice que, cuantos más focos alumbrén a los Messis del fútbol y otras artes, más oscuras serán sus biografías.

El último equipo de libros sobre fútbol lo conforman los testimonios de los hinchas, esos salvajes felices que no temen confesar intimidades y cuya existencia rueda en vez de caminar. *Boquita* de Martín Caparrós es la historia de Boca Juniors y a su vez la del autor, como *Alta fidelidad* de Nick Hornby es el mayor canto de fidelidad que se haya entonado jamás hacia una camiseta y *Dios es redondo* de Juan Villoro transforma la gramática de las patadas en un tratado de filosofía. Faltan metros para hablar de *Adiós al fútbol* de Valerio Magrelli, *La vida es un balón redondo* de Vladimir Dimitijevic o la tristísima *Una vida demasiado corta* de Ronald Reng, confiando además en que alguien se anime a traducir *Brilliant Orange* de David Winner, la explicación de un país y del fútbol moderno. En la España post-Sudáfrica 2010 y pre-Brasil 2014 parece que se lee más fútbol de lo que se grita en las gradas. Mientras se enfrentaron, Mourinho y Guardiola procrearon sin querer hijos bastardos en las editoriales enfocadas en el sector empresarial. Esperemos que el balón y sus dueños en las calles no olviden que el origen siempre será ese disparo certero contra el cristal de una casa vecina. —

RESCATE EL JUEGO DE LA REVOLUCIÓN

✉ SANDRA BARBA

Crear la mejor baraja de la República francesa requirió de un esfuerzo más grande que el de la simpleza de quitarle a los reyes las coronas y, en su lugar, ponerles un gorro frigio. En 16 naipes, Dugourc y Coissieux sintetizaron las ideas y los valores de la Revolución —no hay detalle que no diga *República*—. Un trabajo minucioso y exhaustivo solo puede ser obra de un compromiso incuestionable: “no existe”, dice Dugourc, “el hombre republicano que pueda usar esas expresiones que nos recuerdan el despotismo y la desigualdad. No hay hombre de gusto al que

no le resulten insoportables las figuras de la baraja tradicional”. El entusiasmo por el futuro y el odio por el pasado caracterizaron el año de 1793. ¿Fueron estas emotivas razones las que llevaron a Dugourc a crear, tan cabalmente, las *Nuevas cartas de la República francesa*? ¿O le debemos este esmerado trabajo, la transmisión tan sofisticada del mensaje revolucionario, a su formación aristocrática y a su experiencia como diseñador del rey?

Pasa que no es solo un nuevo juego de cartas. Es un juego de perspectiva histórica que acerca el pasado distante de la República romana, idealizándola, y aleja el pasado reciente de las monarquías, condenándolas. Basta con advertir que las figuras visten túnicas y calzan sandalias en vez de capas de armiño o los zapatos cerrados de la Corte.

Ya no hay reyes sino genios (el del Comercio reemplaza a César; el de la Guerra a Carlomagno). Desatienden también la costumbre de nombrar a las sotas en honor de caballeros famosos, como Lancelot, y convierten a los pajes en Igualdades: un soldado exhorta a defender la patria (Igualdad de deberes); parecen obedecerlo un *sans-culottes* que espera sobre una de las piedras de la Bastilla y un esclavo africano emancipado, ambos armados. En vez de reinas, Libertades: de culto, prensa, matrimonio. El as de la Ley por encima de todos.

Pero fracasa el proyecto de sepultar el pasado. Los tréboles que representan al campesinado; las picas, a los caballeros; las puntas de flecha, a los vasallos; y el corazón, a la Iglesia,* se cuelan en estas cartas como símbolos de la organización social que *debía eliminarse*.

Algo similar le sucedió a sus autores. Dugourc regresó a trabajar para la realeza. Coissieux reimprimió los naipes tradicionales. Pese a ellos, su baraja subsiste como otra propaganda de la República que se promocionó hasta en los ratos libres. —

* La hipótesis sobre el significado de los palos de la baraja francesa es de Catherine Perry Hargrave, en *A History of Playing Cards and a Bibliography of Cards and Gaming*, Boston, Houghton Mifflin Company, 1930. Hathi Trust Digital Library, se encuentra en: <http://bit.ly/ihNMkm7>.

PAR BREVET D'INVENTION.

NOUVELLES CARTES DE LA RÉPUBLIQUE FRANÇAISE.

PLUS DE ROIS, DE DAMES, DE VALETS; LE GÉNIE, LA LIBERTÉ, L'ÉGALITÉ LES REMPLACENT;
LA LOI SEULE EST AU-DESSUS D'EUX.

Si les vrais amis de la philosophie et de l'humanité ont remarqué avec plaisir, parmi les types de l'Égalité, le Sans-Culotte et le Nègre; ils aimeront sur-tout à voir LA LOI, SEULE SOUVERAINE D'UN FEUILLE BLANC, environné d'As de sa suprême puissance, et lui donner son nom.
On doit donc dire, Quatorze de LOI, de GÉNIE, de LIBERTÉ ou d'ÉGALITÉ; au lieu de Quatorze d'As, de Roi, de Dame ou de Valet; et Dix-septième, Seizième, Quinzième ou Tierce au GÉNIE, à LA LIBERTÉ ou à L'ÉGALITÉ; au lieu de les nommer un Roi, à la Dame ou un Valet; LA LOI donne seule la dénomination de MAJEURE.

Aux Jeux où les Valets de Treffle ou de Carre ont une valeur particulière, comme au Revey ou à la Manche, il faut substituer L'ÉGALITÉ DE DEVOIRS à celle de DROITS.

	<p>FORCE</p> <p>GÉNIE DE LA GUERRE</p>	<p>LIBERTÉ DES COEURS</p>	<p>ÉGALITÉ DE DEVOIRS</p>
	<p>PROSPÉRITÉ</p> <p>GÉNIE DE LA PAIX</p>	<p>PURETÉ</p> <p>LIBERTÉ DE MARIAGE</p>	<p>JUSTICE</p> <p>ÉGALITÉ DE DROITS</p>
	<p>GOUT</p> <p>GÉNIE DES ARTS</p>	<p>TENDRE</p> <p>LIBERTÉ DE LA PRESSE</p>	<p>PUISSANCE</p> <p>ÉGALITÉ DE RANGS</p>
	<p>RICHESSÉ</p> <p>GÉNIE DU COMMERCE</p>	<p>INDUSTRIE</p> <p>LIBERTÉ DES PROFESSIONS</p>	<p>COURAGE</p> <p>ÉGALITÉ DE COULEURS</p>

CES CARTES SONT FAUSQUÉES par T. JACQUET et J. D. DUBOIS. Le Dépôt général est rue Saint-Nicolas, N° 11, à PARIS. On y trouve tout ce qui concerne les Jeux; et l'on se charge des Commissions pour les Départemens, relativement à ce genre.